

¿Dónde leyó Carlos Argentino el nombre “Aleph”?

Marta Spagnuolo

“Yo quería saber: ¿Elegió Carlos Argentino ese nombre o lo leyó, *aplicado a otro punto donde convergen todos los puntos*, en alguno de los textos innumerables que el Aleph de su casa le reveló?” (OC 627), se sigue atormentando “Borges”, transcurridos ya un año y cuatro meses desde su última y calamitosa visita a la casa de la calle Garay. Es el 1ro de marzo de 1943; el cuitado no ha superado aún el estrés postraumático que aquella le provocó. Se ha puesto a escribir una posdata al relato que alguna vez hizo él mismo de sus tristes amores y su humillante derrota, agregando ahora el de su derrota literaria, consumada el anterior año de 1942. La postdata se alarga en un *diminuyendo* que la necesidad de alivio le dicta en forma de una sucesión de dudas, con el objeto de que alguna le depare la posibilidad de haber visto un falso Aleph. En definitiva, de no haber visto lo que vio.

No pudiendo con nuestra empatía, intentamos disipar una de sus dudas mediante una respuesta que creemos cierta: sí, tal como él lo imagina, Carlos Argentino leyó ese nombre aplicado al único punto que quería mostrarle –punto en el que convergían todos los puntos de interés y deseo

de “Borges”–, en un texto: un ensayo de Alfonso Reyes, amigo y maestro de Jorge Luis Borges, que aquel incluyó en su libro *La experiencia literaria*.

Expongo las razones que, confío, fundamentarán lo que acabo de afirmar.

1. En la pregunta que se hace “Borges” hay algo que, por desviarse de “lo normal”, sobresalta al lector. Y que, justamente por ello, despierta en él otra pregunta: ¿por qué Borges, el autor, no optó por lo que, de acuerdo con lo planteado en el cuento, sería lo más natural en el discurrir de cualquiera, tanto de “Borges” como de quien lee? Siendo Daneri un bibliotecario, ¿dónde pensar, en primera instancia, que leería un texto sino en la biblioteca donde trabaja? Ciertamente es que “Borges” se ha encargado de rebajarla a la par de su empleado Daneri: “Ejerce no sé qué cargo subalterno en una biblioteca ilegible de los arrabales del Sur” (618). ¡Y el autor del cuento la bautiza con el nombre de su venerable tío bisabuelo Lafinur! (619). Es que una vez entregado a su humorismo, Borges no respeta nada; tampoco a sí mismo, como todo humorista auténtico. Tan ilegible como esa parece ser la Miguel Cané, donde, mientras escribe “El Aleph”, todavía trabaja Jorge Luis Borges (aunque éste sabe que no hay biblioteca tan ilegible que no guarde algún texto precioso o, al menos, raro).

Sin embargo, aunque parezca paradójico, el desvío aquí es una exigencia de una norma superior: la verosimilitud. Sabemos que en Borges se da un cuidado extremo de la verosimilitud. Sabemos que cuando sus ficciones se desarrollan en fechas precisas, Borges respeta rigurosamente el contexto, no hay detalle que se le escape. Por no ir más lejos a buscar ejemplos, veamos uno en “El Aleph” mismo: el pekinés de Beatriz, llamado Wu-Li-Chang en el único manuscrito del cuento que conocemos (facsimilar Ortega y del Río Parra), pierde el nombre propio cuando, en algún momento de la corrección, Borges advierte que ha caído en una confusión de fechas y lo tacha: la película *Mr. Wu* (William Nigh), cuyo protagonista es un mandarín llamado Wu-Li-Chang, se estrenó en Estados Unidos en 1927. Pero la versión que la MGM realizó para el mercado hispanohablante, titulada *Wu-Li-Chang* (Carlos F. Borcosque y Nick Grinde), a la que debería su nombre el perro, es de 1930 (cfr. MacIntyre); ese mismo año se exhibió en Buenos Aires, pero mal podría haberla visto Beatriz, que murió en 1929.

Así también, es preciso que el “texto” en el que Carlos Argentino leyó el nombre “Aleph” obedezca a ciertas fechas. Estas, como todas las que van pautando el cuento, subordinadas a la central de 1942, año en que *La Tierra* rebanada por la editorial Procusto obtuvo el Segundo Premio Nacional de Literatura (fecha a su vez determinada por la real del Premio Nacional de Literatura de 1942 parodiado en la ficción). A partir de esa exigencia, Borges arma de la siguiente manera la cronología de los hechos que culminarán en la venganza de Daneri:

- El 11 de mayo de 1941, “dos domingos después” (OC 621) [del 30 de abril, martes], Carlos Argentino llama a “Borges” por teléfono y lo cita en la confitería de Zunino y Zungri. Allí le pide que consiga el prólogo de Álvaro Melián Lafinur para “los cantos iniciales de su poema”, que piensa publicar.
- “Borges” promete hablar con Álvaro el jueves siguiente, cosa que no cumple.
- Aunque “Borges” teme (y al mismo tiempo desea) un airado reclamo de Daneri, pasan unos meses sin que vuelva a llamarlo.
- Pero “a fines de octubre” (622) Daneri lo llama y, por primera vez, pronuncia el nombre “Aleph”.

Para que a fines de octubre de 1941 Daneri pudiera haber leído ese nombre en un texto hallado en la biblioteca Lafinur, el tal texto tendría que haberse editado antes de esa fecha (en un libro, en un periódico o suelto a modo de opúsculo). Pero como la primera edición de *La experiencia literaria* es de 1942, Borges tuvo que dar una vuelta más a la tuerca: hacerle pensar a “Borges” que tal vez Carlos habría leído el nombre “Aleph” “en alguno de los textos innumerables que el Aleph de su casa le reveló”. Y así fue: para “fines de octubre” Carlos pudo leer en su Aleph el texto aludido porque en México, adonde, retirado de la diplomacia, había regresado Alfonso Reyes, este había puesto punto final a dicho libro hacía cosa de un mes; y el original (con el título de *Coordenadas*, cambiado antes de la primera impresión por el de *La experiencia literaria*) ya había salido o estaba por salir rumbo a Buenos Aires. En suma, en el inconcebible universo, el texto ya existía. Lo testimonia Ernesto Mejía Sánchez en la nota preliminar al tomo XIV de la primera edición de las *Obras completas* de Alfonso Reyes (publicadas entre 1955 y 1993), donde se incluye *La experiencia literaria*, libro acerca del cual

informa: “Con el título de *Coordenadas*, que pasaría a ser el subtítulo de la primera edición, *ya estaba listo para la imprenta por septiembre de 1941*” (subrayado mío). Reyes no consiguió editarlo en México y decidió enviarlo a Buenos Aires: “Al fin fue enviado a la Editorial Losada, S. A., que lo lanzó al mercado a fines de 1942” (7). Según el colofón, que Mejía reproduce, el 3 de diciembre (14).

Borges habla de un “texto”, porque alude solo a uno de los varios ensayos reunidos en este libro, la mayoría aparecidos antes en diarios y revistas. En una breve nota preliminar, Reyes explica que fueron “escritos separadamente, en diversas épocas, y a veces refundidos varios años después de su primera redacción.” Y, al final de cada ensayo, consigna las fechas de escritura. “De la traducción” –que es el texto descubierto por Carlos Argentino en su Aleph– lleva las siguientes: 1931-1941. Según el citado Ernesto Mejía Sánchez, fue redactado en 1931 pero había quedado sin publicar, y fue “refundido” en 1941 (7).

2. Acaso la cuidadosa elección de la palabra “texto” no resulte llamativa para todos los lectores. En cambio, a nadie puede pasar inadvertido que entre los incontables sitios del universo contenidos en el Aleph, México aparezca tan interesante como para que los dos únicos individuos que prodigiosamente vieron su totalidad, al intentar describirla incluyan sendas ciudades mexicanas: Daneri, Veracruz ; “Borges”, Querétaro. Como si se nos enfatizara: no olvide quien lee que entre los incontables sitios del universo a los que puede “llevar” el Aleph, hay un México y un Alfonso Reyes a quien el Aleph debe su nombre. (Como algún día habrá en la gloria otro México y otra Cuernavaca.)

Si, además, nos preguntamos por qué Veracruz y por qué Querétaro, también tienta atribuir ambas elecciones a reminiscencias debidas a la lectura, constante por esa época en Borges, de las obras del mexicano. Durante la primera estancia de Reyes como embajador de México en la Argentina (1927-1930), la primera en Brasil (1930-1935), la segunda en la Argentina (1936-1937) y la segunda en Brasil (1938-1939), Borges ha leído lo principal de lo publicado por Reyes hasta entonces. Es demasiado fácil relacionar Veracruz con “Golfo de México”, uno de los más difundidos poemas de Reyes (en la Argentina salió en uno de aquellos lindos pliegos sueltos impresos por Colombo, en 1934) y la anécdota de un joven adorador vera-

cruzano de Borges que, visitándolo en la Biblioteca Nacional, al nombrarle la ciudad de donde viene, queda atónito escuchándolo recitar de memoria el largo poema... completo (Capistrán 29-30).

Y hay cartas que evidencian que durante los dos períodos de Reyes en Brasil y en especial a partir de su retiro en México en 1939, ambos escritores se envían mutuamente obras que cada uno va publicando (cfr. Pacheco). En 1944, año anterior a la aparición de “El Aleph” en *Sur*, Reyes publicó en México tres libros que contienen nueve referencias a la aventura mexicana de Maximiliano y su fusilamiento en Querétaro: *Los trabajos y los días*; *Tentativas y orientaciones* (ambos por Ediciones “Occidente”); *Norte y Sur* (Editorial Leyenda, S.A). Concedamos que tal vez Reyes no le envió a Borges *Tentativas*... Y tampoco *Los trabajos y los días*, aunque en él recogió el artículo “El argentino Jorge Luis Borges” publicado antes en *Tiempo* (30 de julio de 1943): menos de tres páginas que –excluyendo numerosas referencias o citas breves, en varios casos repetidas, salpicadas en artículos y ensayos– constituyen todo lo que Alfonso Reyes escribió en su vida sobre Borges de manera orgánica, si bien no dedicado a él por entero, ya que la mitad trata de los relatos detectivescos de Bustos Domecq. Pero es improbable que no le haya mandado *Norte y Sur*, dado el especial interés de Reyes en que tanto en la Argentina como en el Brasil se leyese esa miscelánea de sueltos publicados en la década anterior, en los cuales, según él mismo acotó, “quedan ecos de mi vida diplomática en Sudamérica” (OC 9:7). El extraviado Habsburgo y su fatal destino asoman en seis artículos de *Norte y Sur* (97, 103, 108, 114, 128, 156). Cuatro de ellos sin duda alguna los conocía previamente por Borges, en tanto dos se habían publicado en medios de Buenos Aires, en 1937 (en *Crítica* y en la revista *La Nueva España*) y otros dos en *Monterrey: correo literario de Alfonso Reyes*, que este empezó a escribir en Brasil, desde 1930, para mantener viva la comunicación con sus amigos. En cuanto a los dos últimos artículos, con el aditamento de ser ambos de esos prodigios de perfección y gracia exclusivos de Reyes, que quien leyó una vez jamás puede olvidar: “Maximiliano descubre el colibrí” (*Monterrey*, Riojaneiro, VI, 1936) (OC 9: 95-99) y “Americanería andante”, primera parte (*Monterrey*, Buenos Aires, VI, 1937) (OC 9: 100-03).

Acerca de la imagen “Vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala” y su posible vinculación con lecturas de Borges sobre el episodio histórico, Daniel Balderston observa que aunque

varios escritos no mencionan la hora de la ejecución de Maximiliano, en el drama de Werfel y en las pinturas de Manet parece ser temprano, en la mañana (“The Universe...” 4, n. 5). Lord Acton es preciso al respecto: “A las seis de la mañana del jueves 19 de junio fue conducido hacia la fatalidad que no había merecido” (32). Y Werfel dramatiza la tensión de esa noche desde que Porfirio Díaz, fracasado el último intento de obtener el indulto de Juárez, anuncia con voz temblorosa: “Maximiliano morirá al amanecer” (Juárez..., cuadro 11mo), hasta que el condenado interrumpe su diálogo con el Dr. Basch para decir: “¡Gracias a Dios! ¡Amanece!”, y comienza a vestirse para la muerte (cuadro 12mo). Por lo que me inclino a pensar que, aun conociendo el dato histórico, Borges no consintió en renunciar a su hora favorita del día, el poniente, sabiendo que, a despecho de cualquier análisis posterior, la poderosa eufonía del vocablo “Querétaro”, único en el idioma, sintácticamente próximo a un color parecido a la sangre aludido por la rosa, y en conjunción con Hollywood, aseguraba que, al leer ese nombre, hasta el menos instruido de los lectores contemporáneos de “El Aleph” percibiera no un topónimo sino la imagen de la víctima cayendo tras la descarga. Para el éxito de esa suerte de toque popular que le gustaba poner en sus cuentos, Borges contaba con las lágrimas arrancadas en la oscuridad de los cines locales por el crédulo y romántico archiduque (Brian Aherne) y su Carlota (Bette Davis), en la versión de William Dieterle, largamente difundida en la Argentina desde 1939. Así, en la citada imagen, la más bella de “El Aleph” y una de las más bellas escritas por Borges, “la hora de Querétaro”, como la llamó Alfonso Reyes (OC 9:128), ya no pertenece a los relojes.

Pero qué hacemos con la rosa de Bengala, se pregunta Balderston en el trabajo citado, respondiéndose que acaso aluda a un poema de Tagore (5). Por mi parte, creo que la imaginación del color posible en una rosa de las llamadas de Bengala, va ligada a una experiencia biográfica. Innumerables veces en su vida, desde niño, Borges pudo observar el color casi mágico del tinte rosa de Bengala a través del vidrio de los pequeños frascos presentes en los consultorios oftalmológicos; acaso sus propios ojos recibieron la tinción en busca de diagnóstico. Conversando sobre ello con una especialista en la materia, Agustina Maddaloni, ella encontró sugerente la semejanza, aunque puramente fonética, entre el telúrico “Querétaro” y el prefijo “queráto” (gr. κέρως – κέρωτος *cuerno*) usado por la etimología

oftalmológica en relación con la córnea, estructura del ojo donde se aplica la tinción.

En el mencionado libro de Reyes *Norte y Sur*, hay también dos ensayos, “México en una nuez” (leído en Buenos Aires, Teatro Cine Rivadavia, festival de Amigos de la República Española, XI-1937) (42-56) y “El Brasil en una castaña” (187-95), títulos que inevitablemente llevan a una asociación con la cita de Shakespeare que constituye uno de los epígrafos de “El Aleph”. Los títulos de Reyes parecen referir a aquella anécdota con que Plinio ejemplificó los casos de vista extraordinaria, universalmente folklorizada, por así decirlo: la de la *Iliada* escrita en pergamino metida adentro de una nuez (44). O sea, la misma idea del *multum in parvo* a la que alude Carlos Argentino. En la nuez de Hamlet podría caber el espacio infinito o el universo –si supiéramos qué es, diría Borges, pero solo en la percepción de quien fuese feliz, estado que jamás conoció el relator del cuento.

3. El ensayo “De la traducción” (*La experiencia* 134-48) tiene cuatro capítulos breves. Allí Reyes cita tres veces a Borges, una en el primer capítulo y dos en el segundo. En este, que se destaca por su vena jocosa, la tercera vez que lo nombra, más que una cita es interpelación al amigo, que en la ilación del discurso termina dando lugar a otro tema: los casos no habituales con los que puede encontrarse un traductor, entre los cuales Reyes aborda el de las sustituciones eufemísticas:

En estos asuntos de arte mayor, arte menor y arte secreto, la palabra “cosa” tiene en español un sentido que no consignan los léxicos. Lo cierto es que hasta se vuelve expresiva y tierna cuando sobreviene en voz baja la proposición de “hacer cosita”. Es el “faire catleya” de Proust. Swann se atreve a su primer caricia con pretexto de arreglarle las orquídeas que Odette llevaba al pecho, y en adelante la flor viene a ser el símbolo de la invitación amorosa. En Dorgelès, *Les croix de bois*, aparece un misterioso Mal Infernet, que creo interpretar de modo semejante. Una mujer confiesa a un soldado, en carta que éste recibe en la trinchera y lo aflige por varios días: “He conocido a un joven. Prefiero decírtelo yo y no que otros te lo cuenten. J’ai fait le Mal Infernet avec lui. Le Mal Infernet, tu te souviens...” Singular manera de llamar lo que el abuelo Rabelais decía: “faire la bête à deux dos”. En la Edad Media se dijo “facere aleph”, al menos para el uso ilícito. En el Fuego de Brihuega dado por el arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jiménez de Rada hacia 1242: “Tot ome que fallare su mugier faciendo aleph con otro, si los matare no peche nada”. El comentador Juan Catalina García entiende

que tal expresión equivale a “haciendo alevé”. Otros ven aquí una alusión a la figura cornúpeta de la letra hebrea aleph. Otros simplemente creemos que se trata de sustituir con la letra lo que no se quiere nombrar; así: “En la ciudad de X” o “el señor X”. (142)

No parece verosímil que, en el contexto del Fuero de Brihuega, de redacción tan ruda y directa como la de todos los estatutos jurídicos romanceados de la época de la Reconquista, en los que lucen las más crudas palabras populares, se trate de buscar sustitutos de supuestos vocablos tabuados. Esta sofisticada operación imaginada por Reyes parece anticipar la del Borges aún joven, afecto a los juegos verbales adivinatorios, titulando su cuento de esa exacta manera, sustituyendo con el nombre de una letra lo que no quiere nombrar. O, si no exclusivamente con el nombre de una letra –como luego veremos–, sí con un eufemismo complejo en el cual esa letra interviene.

Al bajar al sótano, “Borges” lo hace advertido de que verá *todas las imágenes de Beatriz*. Las cartas sin duda lo conmocionan. Son testimonio escrito de la relación sexual que hubo entre Beatriz y su primo. Pero puede nombrarlas e incluso adjetivarlas. La que no puede nombrar, la que literalmente lo anonada es la de Beatriz “faziendo aleph” con Carlos Argentino. Es el tipo de imagen que tampoco quiere nombrar ni le gusta describir a Borges.

Balderston ha explicado este momento muy bien, así que no hay más que citarlo:

“Vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte,” for instance, focuses on the physicality of sexual intercourse and of the decay of corpses in a way that Freud’s Eros and Thanatos (which I take are being alluded to here) does not. Sex is a matter of “engranaje,” literally “gearing”: the two bodies are engaged like parts of a machine, not unlike the pistons (“émbolos”) mentioned earlier [...] // They [Beatriz y su primo] had had sex, and the narrator (if he truly sees everything) must have seen that too (which is what is implied by “el engranaje del amor”). (57, 59-60)

En el manuscrito del cuento hay seña de que Carlos Argentino usó por primera vez la palabra “Mihrab” en vez de “Aleph”. También de que fue inmediatamente tachada y reemplazada por “Aleph”, ya que en la oración siguiente aparece “Aleph” y permanecerá hasta el final. Por supuesto, nunca sabremos por qué. Acaso se pueda conjeturar que ese sería solo el nombre

del sitio en el cual se iba a manifestar el Aleph. Y que el hecho de que fuera sagrado, y por lo tanto sacrílego, complicaría demasiado la trama. Pero no podemos dudar de que una de las inspiraciones y centros del relato fue, desde un principio, el “aleph” constitutivo del “fazer aleph” del Fuero de Brihuega, que la lectura del ensayo de Reyes reveló a Borges, toda vez que el análisis ha demostrado la precisión con que en función de ese centro se acomodan las fechas de la acción narrada.

4. El códice del Fuero de Brihuega, original del siglo XIII, fue descubierto por el historiador Juan Catalina García, quien lo copió fielmente, lo estudió, lo comentó y lo dio a la imprenta en 1888. Hoy es el único texto que tenemos, pues el documento, que se conservaba en el Archivo Municipal de Brihuega desapareció durante la Guerra Civil, no se sabe si destruido o robado. La norma aplicada al adulterio de la mujer, de la cual tomó su cita Reyes, es la siguiente:

Por ome que falle su mugier faziendo aleph

Tot omme que fallare su mugier faziendo aleph con otro: si los matare: no peche nada. et si matare el uno et firiere al otro no peche nada ni salca por enemigo. et si matare al uno et no al otro: peche c. et. viij. morabetinos et salca enemigo por siempre. et si matare al uno es le fuere el otro: iure con vj. bezinos ques le fuxo et no lo pudo alcanzar: no peche nada ni salca por enemigo. (135)

Sumado a la multa, “salir por enemigo” significa caer en estado de indefensión legal por “delincuente”: por haber matado sólo a uno y haber dejado vivo al otro, puede ser perseguido y asesinado sin que se pene a nadie. Tales rigores forales hacen sospechar que el marido engañado lo pensaría dos veces antes de hacer pública su deshonra.

Tal como afirma Alfonso Reyes, en nota al pie Juan Catalina García explica que “‘faziendo aleph’ equivale a ‘haciendo alevé’ o cosa alevosa”. En varios fueros municipales de Castilla y de León, modos adverbiales con “aleph”, “aleve” o equivalentes aparecen aplicados a cualquier clase de traición. Valga este ejemplo del *Fuero de Soria*: “§ 491. Todo omne que matare a otro a traygion o a aleff, sea rrastrado τ enforcado por ello, τ tomen de sus bienes las calendas dobladas; τ si sus bienes non cumplieren, pierda lo que ouiere; τ las cafas del traydor sean derrocadas” (189).

Para aclararlo mejor, conviene hacer un breve recorrido por la historia de la expresión, ya que el uso actual de “aleve”, exclusivamente como adjetivo, nos dificulta la comprensión de su significado en textos medievales, que sólo aflora cuando lo entendemos como un sustantivo.

El actual *Diccionario de la lengua española* de la RAE, DLE o “Diccionario Usual” (edición 23.ª, 2014) informa que “aleve” (del árabe hispánico *al'áyb*, y este del árabe clásico *'ayb* ‘defecto’, ‘tacha’, ‘nota de infamia’), en su segunda acepción, es un sustantivo masculino desusado que significa “alevosía de un particular contra otro”. A su vez, define “alevosía” como: “1. f. Cautela para asegurar la comisión de un delito contra las personas, sin riesgo para el delincuente. Es circunstancia agravante de la responsabilidad criminal. 2. f. Traición, perfidia”.

Entre 1933 y 1936 la RAE publicó los dos tomos (de la A a la Ce) del *Diccionario histórico de la lengua española*, en el que “aleve” presenta una etimología germánica sostenida entre otros por Ernst Gamillscheg y Karl Reinhardt, contra la posición de Corominas, quien proponía un origen árabe (cfr. García González 324). “ALEVE. (Del got. *Ievian*, hacer traición; anglosajón *laeva*, traidor.) adj. Aleveso (que comete alevosía). U.t.c. s.”. De la entrada nos interesa aquí la cuarta acepción: “4. m. ant. Alevosía. ‘De lo que dixiestes que fazía *aleve* e que era bauzador, dígovos que mentiestes.’ *Crón.Gen.*, ed. Men. Pidal, p. 563, col. 2.” Y dentro de la misma acepción, el modo adverbial: “A aleve. m. adv. ant. Alevosamente. ‘Los moros, luego que llegaron a Asturias, quisieran le prender *a aleve*.’ *Crón.Gen.*, ed. Men. Pidal, p. 319. Col 2.” (419).

En el *Diccionario histórico de la lengua española* (1960-1996) se adopta la etimología árabe defendida por Corominas. Allí ya aparece también “aleph” como variante de “aleve”: “aleph. v. aleve.” Y en la entrada *aleve*, todas las demás variantes: “aleve, *alebe*; *aleiue*; *alef*, *aleff*, *aleph*; *alep*. (Del ár. *al-'aib* ‘el vicio, la vergüenza’.) *Alef* (*aleff*, *aleph*): siglos XII-XIII; *alep*: siglo XIII; *aleiue* (León): siglo XI.” Se registran 6 acepciones –y varios matices dentro de las mismas–, todos afines a la idea de deslealtad o traición, con las citas correspondientes. Detengámonos en la segunda acepción, la que con mayor propiedad podría asimilarse a las sinonimias con “vicio” y “vergüenza” que aparecen en la etimología aquí presentada, difiriendo de la del “Diccionario Usual”, cuya mayor aproximación había sido “infamia”: “2: Deslealtad o traición en el terreno conyugal. c1200 *FAlcalá Henares* (1919) 289:

Aleph. *a1296 Falcaraz* (1968) 231,4: ‘Si algún marido ouiere sospecha quel’ faze alef, e la uerdat non pueda prouar, la muger salue se yurando con XII mugeres vezinas e seya creýda.’”

El caso de adulterio de la mujer merece acepción aparte porque en todos los fueros se tipifica como delito. Según vimos, algunos, como el de Brihuega, son especialmente impiadosos en el castigo. Caso semejante presenta el Fuero de Sepúlveda, citado por García González:

73: Si parientes a parienta, o marido a muger, fallaren faziendo aleve e mataren a el e a ella, iurando con doze, seis parientes, e cinco vezinos, e él el sesmo, que por aleve que les fazien los mataron, non pechen por ende ninguna calonna, nin salga(n) por enemigos. Et si el uno mataren e el otro non, pechen las calonnas, et vayan por enemigos por siempre a amor de sus parientes. (335)

El de Alcalá de Henares se limita a garantizar impunidad al marido homicida: “§ 70. Toda mulier que marido oviera a bendiciones hi aleph le ficiere con otro ome e provado fuere con tres sos parientes déla, si la matare so marido, non peche los cotos ni esca enemigo” (289).

En Salamanca, si bien el marido podía entregar su mujer a la justicia y la heredaba, al parecer había un verdugo oficial: “CCCXLVI DE MULIER QUE FUER PRESSA POR ALEVE. Toda mulier que pressa fuer por aleve que faga, é iusticiada fuer por mandado de los alcaldes, su marido erede su buena (100).

En resumen, en la cita del Fuero de Brihuega que hizo Reyes (en el ensayo “De la traducción”, que leyó Carlos Argentino), la palabra “aleph” no es el nombre de la primera letra del alfabeto hebreo. Es una de las formas gráficas del sustantivo “aleve”, que integra un modo adverbial, “hacer aleve” o “hacer aleph”, en el cual “aleve” o “aleph” registra las siguientes significaciones: alevosía, traición, perfidia, vicio, vergüenza, deslealtad. Claro que difícilmente todos o alguno de estos sustantivos abstractos vinieran a la mente del marido al ver –pleonásticamente, con su propios ojos–, a su mujer teniendo sexo con otro. Están “faciendo aleph”, eso es lo que ve, y en el acto de ver, la frase sufre una variación de significado. Antes que “traicionar” o cualquiera de sus sinónimos, es copular (sin que por ello pierda su condición de acto alevoso, pérfido, vergonzoso, desleal, etc.)

Tal vez por percibirlo así, después de anotar el significado de “facier aleph” dado por Juan Catalina García, Reyes agrega: “Otros ven aquí una

alusión a la figura cornúpeta de la letra hebrea aleph”. Como a esos otros no los nombra, el aserto se podría tomar por una de las bromas de Reyes. Sin embargo, como originariamente la “aleph” fue un jeroglífico representado por la cabeza cornuda de un buey, también es dable pensar que la misma broma podría ocurrírsele a cualquiera. Nada más propicio a la asociación –o la confusión– que ese entrevero de lenguas, en pueblos hasta ayer de frontera, como Brihuega. Juan Catalina García habla de “esa especie de reposo histórico de que judíos y moriscos gozaron en la Alta Edad Media” (58). En Brihuega, patrimonio de la Iglesia de Toledo, convivían cristianos, moros y judíos. Hubo mezquita y sinagoga hasta la expulsión de finales del siglo XV. Un hecho que documenta Juan Catalina García habla por sí solo de la importancia de los hebreos en el desarrollo de la comunidad: en 1386, por pedido de sus vasallos de toda casta y religión, el obispo Tenorio trasladó a los miércoles las ferias que en Brihuega se hacían los sábados. Porque los cristianos lugareños, al emplear los domingos en levantar sus puestos y trasladarse a sus villorrios, perdían la misa, y porque con la ausencia de los judíos perdían todos (cf. 60-62). Nada más natural, pues, que en la fragua del romance castellano, el “aleve” de origen árabe y el “aleph” hebreo fusionaran sonido y sentido. Por otra parte, en otros documentos medievales de la misma región, “facier aleph” termina equivaliendo literalmente a “poner cuernos”.

En el *Libro de los fueros de Castiella*, bajo el número 116, se registra una *fassannia* o *fazaña* (sentencia de albedrío, o sea, librada a la interpretación de un juez que se basa en usos y costumbres de la región, y sirve de antecedente). La misma trata “de un cauallero de Ciudad Rodrigo que fallo a otro cauallero yasiendo con su mugger”. Su reacción fue castrar “de pixa y de coiones” al rival. Los parientes de la víctima apelaron al rey, quien mandó ahorcar al marido no por exceso de temperamento sino por falta de él, “pues que ala mugger non le fiso nada”. Teniendo el hecho como antecedente, la norma establecida fue que cuando un hombre “atal cosa abiniere que fallar a otro yasiendo son su mugger quell ponga cuernos, sil quisiere matar e lo matar, non sera enemigo nin pechara omesido. Et sy matare a aquel quell pone los cuernos e non matare a ella deue pechar omesidio e seer enemigo. Et deuel el rey justiciar el cuerpo por este fecho” (58-59).

Teniendo esto en consideración, podemos observar que en el semánticamente complejo término “Aleph” de Borges conviven el sentido de có-

pula implícito en el acto de “hacer aleve”, y la cabeza cornuda del buey originario implícito en la letra “aleph” como símbolo del hombre humillado. Poco importa que el relator del cuento no tenga objetivamente ningún derecho, ni legal ni moral, sobre la conducta sexual de la amada, quien sólo lo colmó de desdenes. Su idealización de Beatriz es la que lo hace sentirse como un marido engañado. Hasta la intromisión de la imagen de Alejandro Bicornes de Macedonia en la Postdata parece recordárselo. Todo el ridículo, pedante, caricaturesco carácter del relator, sus celos, su envidia del rival, sus autoengaños, todo está representado en el título de “El Aleph”.

Y lo más cómico es que él ni siquiera imagina el papel que cumple en ese nombre, “Aleph”, usado como burla por Carlos Argentino, y lo adopta para titular su propio relato. La palabra tiene el prestigio adecuado para que el fino autor vanguardista de *Los naipes del tahúr* saque a relucir sus saberes. Así, primero pretende explicar doctoralmente qué es el Aleph y el porqué de su nombre: “Dos observaciones quiero agregar: una, sobre la naturaleza del Aleph; otra, sobre su nombre. Éste, como es sabido, es el de la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. Su aplicación al disco de mi historia no parece casual. Para la Cábala, esa letra significa el En Soph, la ilimitada y pura divinidad”, etcétera. Pero pronto comienza a contradecirse y así va, cada vez más loco, enredándose en conjeturas descabelladas (este debe ser un falso Aleph, debe haber o hubo otro) y erudiciones inútiles (está esto, está lo otro... el único problema es que no existen), sin avanzar ni un paso. Lo que ocurre es que esa palabra la eligió Carlos Argentino, y que “Borges” no tiene la más mínima idea de cuál fue la razón por la cual la eligió, ya que decir que es la primera letra del alfabeto sagrado y especular sobre el significado, los atributos, los poderes, la simbología que le endilga la literatura hermética, nada de ello explica la relación entre ella y lo que Carlos le hizo ver. ¿Dónde habrá leído esa palabra Carlos Argentino? ¿Con qué significado la habrá leído para haberla elegido? No sabe, no entiende. “Borges” no leyó el ensayo de Alfonso Reyes sobre la traducción. Daneri sí.

5. Espero que no se interprete que el texto de Reyes pueda tomarse como fuente o como una de las fuentes de “El Aleph”. Sí, en cambio, que se repare en cómo los escritos del mexicano, tan deslumbrantes de erudición como salpicados de ocurrencias y chistosas anécdotas, fueron un verdadero se-

millero de sugerencias e ideas para Borges, como sin duda han de haber sido sus charlas. “El Aleph” es el ejemplo más cabal de esos chispazos. Hay otros, de la misma época en que Borges todavía estaba bajo la fascinación de Reyes. Por caso, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (*Sur* 68, mayo de 1940) creo que no existiría si Borges no hubiera leído un artículo sobre las “Lecciones solemnes”, de Pellicer, que Reyes recogió en *Cuestiones gongorinas* (OC 7: 116-30). Para Reyes, que vivió siempre desparramando enseñanzas, inspirando a medio mundo, los efectos de su generosidad no tenían importancia. Al contrario, le despertaba enorme admiración la capacidad creativa de los jóvenes (Borges era diez años menor) que, a su criterio, sabían sacar agua de las piedras. De ahí que su único juicio sobre Borges conste de dos breves oraciones, no por repetidas menos certeras: “Borges es un mago de las ideas. Transforma todos los motivos que toca y los lleva a otro registro mental” (OC 9: 308).

Marta Spagnuolo
Goiânia

OBRAS CITADAS

- Acton, Lord. *Surgimiento y caída del Imperio mexicano*. Trad. Adolfo Castañón. Nottingham-México: Mexican Cultural Centre, 2015.
- Balderston, Daniel. “‘The Universe in a Nutshell’: The Long Sentence in Borges’s ‘El Aleph’”. *Variaciones Borges* 33 (2012): 53-72.
- Belmonte Grey, Carlos A. “Juárez (Dieterle, 1939), un film mensaje de la buena vecindad americana”. *Letras Históricas* 8 (2013): 211-34.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974.
- Capistrán, Miguel. *Borges y México*. Barcelona: Lumen, 2012.
- Fuero de Brihuega. Publícalo precedido de algunos apuntamientos históricos acerca de dicha villa D. Juan Catalina García*. Madrid, 1887. Valladolid: Editorial Maxtor, 2012.
- Fuero de Salamanca. Publicado ahora por vez primera con notas, apéndice y un discurso preliminar, por Sánchez Ruano*. Salamanca: Imp. de Sebastián Cerezo, 1870. Biblioteca Digital de Castilla y León, bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=1183
- Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*. Edición y estudio de Galo Sánchez. Madrid: Centro de Estudios Históricos, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1919. Biblioteca Digital de Castilla y León, bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=3654
- García González, Juan. “Traición y alevosía en la Alta Edad Media”. *Anuario de Historia del Derecho Español* 32 (1962): 323-46.
- Libro de los fueros de Castiella*. Publicado por Galo Sánchez. Barcelona: Facultad de Derecho, 1924. Biblioteca Digital de Castilla y León, bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=7249
- MacIntyre, F. Gwynplaine. “Ah so, señor!”. Review: *Wu Li Chang* (1930). IMDb. 9 August 2005. <https://www.imdb.com › title>
- Mejía Sánchez, Ernesto. “Nota preliminar”. Alfonso Reyes. *La experiencia literaria. Obras completas* Vol. XIV. México: Fondo de Cultura Económica, 1962: 7-16.

- Ortega, Julio y Elena del Río Parra, eds. “*El Aleph*” de Jorge Luis Borges. *Edición crítica y facsimilar*. México D. F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2008.
- Pacheco, José Emilio. “Borges y Reyes: una correspondencia. Contribución a la historia de una amistad literaria”. *Revista de la Universidad de México* 34.4 (1979): 1-16.
- Plinio el Viejo. *Historia Natural*. Libros VII-XI. Traducción y notas de E. del Barrio Sanz *et al.* Madrid. Editorial Gredos S. A. Biblioteca Clásica. 2003.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., dle.rae.es [versión 23.3 en línea].
- . *Diccionario histórico de la lengua española (1933-1936)*, webfrl.rae.es/DH1936.html
- . *Diccionario histórico de la lengua española (1960-1996)*, <https://webfrl.rae.es/DH.html>
- Reyes, Alfonso. *La experiencia literaria*. Buenos Aires: Losada, 1969.
- . *Obras completas*. Vols. VII, IX, XI. México D.F.: Fondo de Cultura Económica. 1958-1960.
- Werfel, Franz. *La tentación. Juárez y Maximiliano*. Barcelona: Ediciones Cátedra. 2018.